

LA PESTE VINO EN BARÇO 14.000 MUERTOS EN CAPITAL

Santiago Senèn González y Fabian Bosoer
Periodistas e historiadores

Se agradece al Profesor Juan Carlos Torre por el material y la información brindada sobre el tema y a Vittorio H. Petri por la colaboración aportada en el armado e investigación.

Tuvo lugar en la Ciudad de Buenos Aires entre enero y junio de 1871 afectando a la totalidad de su población, ya sea sembrando el pánico, paralizando la actividad administrativa y/o vaciando la ciudad.

El dato es certero, de 190.000 habitantes de la capital argentina, murieron 14.000 producto de la enfermedad. El promedio de muertes diarias pasó de menos de 20 a cerca de 500. Según datos de José Penna, dos tercios de la población sufrió la enfermedad.

La desolación de la ciudad era total, apenas un tercio de sus habitantes decidieron quedarse, el resto emprendió un éxodo que era fomentado y aconsejado oficialmente por las autoridades: casillas de emergencia y vagones de ferrocarril como viviendas provisorias en San Martín, Merlo y Moreno; y pasajes gratis.

Mas allá de su magnitud, la fiebre amarilla de 1871 ha sido poco estudiada y es bastante mal conocida en profundidad. Quien mayor aportó en materia de información al conocimiento de la epidemia fue Mardoqueo Navarro a través de su diario “La República”, cuya repercusión e importancia fue considerada y retomada muchos años después.

La fiebre amarilla es una enfermedad infecciosa zoonótica viral aguda transmitida por mosquitos de los géneros *Aedes* (al igual que el Dengue) y *Haemagogus*. Su afección clínica es variada, puede ir desde una enfermedad febril leve y autolimitada (lo más frecuente) hasta una enfermedad hemorrágica y hepática grave (con un 50% de letalidad). La palabra *amarillo* del nombre se refiere a los signos de ictericia que afecta a los pacientes enfermos severamente.

Oficialmente, la fiebre estalló el 27 de enero con tres casos diagnosticados en el barrio de San Telmo, barriada de conventillos e inmigrantes. Todo pareciera indicar que los vectores de la fiebre amarilla llegaron en un barco procedente de Asunción del Paraguay y encontraron muchos sitios propicios para reproducirse en los charcos y pantanos de las zonas cercanas al puerto, ensañándose con las barriadas populares de San Telmo y Monserrat.

Antes del comienzo del flagelo se tomaron algunas precauciones, puesto que los barcos procedentes de Brasil llevaban la patente de sanidad sucia; en ella se escribía: “Existen algunos casos de fiebre amarilla en este puerto y ciudad”. La nota en cuestión indicaba que el buque debía permanecer en cuarentena.

Los buques que viajaban desde Brasil hacia Montevideo y Buenos Aires llevaron consigo la enfermedad hacia el sur del Atlántico. En 1857 una tercera parte de la población de Montevideo se contagió el virus, muriendo alrededor de 888 personas. Al año siguiente la epidemia se trasladó a Buenos Aires aunque con menor intensidad. A causa de ello, la prensa se manifestaba frecuentemente preocupada por los buques procedentes de la capital del imperio brasileño.

La terrible fiebre amarilla, se leía en una nota de La Prensa del 18 de enero de 1870, la desoladora peste que el año 57 llevó a la tumba la mitad de la población total de Montevideo, hace estragos en Río de Janeiro, es decir está a nuestras puertas.

La columna recordaba que tanto la fiebre amarilla como la viruela negra ("y otras cien pestes") habían sido "importadas" de Brasil. Concluía que "siempre el mal nos ha venido de los puertos del imperio" y exigía mayor vigilancia a las autoridades.

Los primeros casos se dieron en las casas de inquilinato de Bolívar 392 y Cochabamba 113. Tres médicos coincidieron en la identificación de la enfermedad (Luis Tamini, Santiago Larrosa y Leopoldo Montes de Oca). Con la esperanza de que sólo se tratara de un brote aislado, las autoridades consideraron mas prudente no dar a publicidad el hecho para no sembrar alarma en la población. Pero hubo filtraciones y pronto corrió la voz. El diario de Navarro así se expresaba en esos días:

En los días siguientes aparecieron nuevos casos en San Telmo, a ritmo pausado: un caso por día en lo que restaba de enero, hasta cinco diarios entre el 2 y 8 de febrero, entre 5 y nueve por jornada hasta el 14 de febrero y alrededor de diez hasta el 22.

Según la edición del 1 de febrero de La Prensa: “Los primeros casos se encontraron en la calle Bolívar 392. El doctor Argerich y el doctor Gallarini, si bien dudaban que los casos fueran de fiebre tifoidea, como así los diagnosticaron en los certificados de defunción, pidieron a los habitantes del inmueble que tomaran medidas preventivas, porque casi seguro se estaba en presencia de fiebre amarilla”. Se trataba quizás de uno de los primeros casos con los que comenzaba la terrible epidemia, que se extendió para castigar también a otros barrios.

Se acusó a la Comisión Municipal de ocultar la verdad para no deslucir los inminentes festejos de Carnaval, que entonces eran algo serio, casi sagrado y sumamente populares. Así se expresaba el diario de Navarro:

Hacia fines de febrero. –“La cosa no merece tanta bulla” (Golfarini). Se levanta la incomunicación con el foco de infección. Las miasmáticas de Cervetto.

Mientras dura la discusión sobre si es o no fiebre amarilla, el carnaval continúa con sus festejos multitudinarios.

En tiempos donde se desconocía el papel del mosquito portador de la fiebre amarilla, los funcionarios y la prensa denunciaron los desechos arrojados por los saladeros al riachuelo, el hacinamiento de los inmigrantes en los conventillos, el lamentable estado de las cloacas y la carencia de desagües en las calles. Los saladeros fueron clausurados.

Se aconsejaban las siguientes medidas higiénicas: fogatas sin humos nocivos, limpieza de las letrinas y blanqueo del interior de las casas. A las personas, se les recomendaba que durante la espera de la atención médica bebieran infusión de manzanilla y aceite de oliva, pero no en exagerada cantidad. Es curioso que, desconociendo que el mal se propagaba a través de los mosquitos, se disponía

preparar fogatas para alejarlos, aunque igual acción tendrían sobre los mismos, la teoría en boga señalaba que las enfermedades infecciosas se originaban en zonas pantanosas, pútridas, afectadas por cataclismos o con presencia de peces muertos, que contaminaban la atmósfera.

La ciudad estaba desprovista de un sistema de evacuación de inmundicias y la distribución del agua era absolutamente insuficiente para las necesidades de su población, que aumentaba de manera sorprendente. Los edificios estaban contruidos de tal manera que sus terrazas hacían posible el aprovisionamiento de agua de lluvia por medio de cisternas situadas en los patios. Las casas particulares tenían pozos cavados en la primera napa. Los retretes eran formados por pozos más o menos profundos que alcanzaban la napa de agua subterránea. Las aguas caseras corrían en los fondos o en los sumideros (especies de zanjones).

El servicio de recolección de inmundicias y residuos servía para nivelar las calles y terrenos bajos de la ciudad (rellenado sanitario). La falta de higiene de la ciudad, la carencia de cloacas, la provisión insuficiente de agua y en malas condiciones, la obra de los saladeros, el relleno de las calles de la ciudad con residuos, la construcción deficiente de los retretes, cuyos líquidos contaminaban por sus infiltraciones el agua que luego era utilizada para el consumo. (Carencias de conciencia y políticas ambientales, planificación y ordenamiento territorial, es decir, usos del suelo). También, las condiciones de hacinamientos en los conventillos podían ser lugares de propagación de la enfermedad.

De todas las actividades, la más traumatizante era la inspección de las casa de inquilinato, que en su mayoría estaban asentadas en el sur de la ciudad, visitas que en su

mayoría involucraba desalojos por hacinamiento, fumigación de habitaciones y quema de ropa de cama de los infectados.

Para fines de febrero la fiebre salta de San Telmo al Socorro. Pasada la locura carnavalesca viene la calma y a esta sucede el pánico.

Los muertos crecen de manera muy rápida, pasan de veinte por día desde el 23 de febrero a superar los treinta diarios el último día del mes. Menos de una semana. Marzo empieza con cifras superiores a los cuarenta. La alarma se vuelve general y el pánico inunda las calles, ahora si, las oridades deciden prohibir los festejos del agonizante carnaval:

La amenaza es total y el miedo extenso. La epidemia ya no se limitaba a un barrio pobre poblado de cocoliches sino que se repartía por toda la ciudad, no distinguía clases, razas ni sectores sociales. Todo el que tenía la capacidad de huír lo hacía casi de inmediato a modo de tardías vacaciones. Las quintas y los pueblos vecinos crecían de turistas locales.

Los inmigrantes alojados en los conventillos del barrio sur eran los más castigados por la epidemia, especialmente los de procedencia italiana, quienes se amontonaron en el consulado italiano con más de 5 mil pedidos de repatriación buscando huír.

Creció la xenofobia y la persecución contra los italianos en particular y contra los habitantes de los conventillos en general.

En círculos periodísticos y masones -eran términos casi sinónimos en aquel entonces- surgió la idea de formar una comisión que se encargara de la supuesta ineficiencia de

las autoridades. El 10 de marzo se realizó con representantes de la prensa porteña y se fundó la Comisión Popular de Salubridad Pública para encarar la lucha contra la mortal enfermedad. Todos los periódicos que mandaron representantes han desaparecido, a excepción de La Prensa y La Nación.

A partir de esta reunión se propuso un mitin popular a realizarse el 13 del mismo mes en la Plaza de la Victoria, allí, en el atrio de la Catedral y con una silla como tribuna, se constituyó formalmente la Comisión por aclamación de unas 8.000 personas con la presidencia del doctor Roque Perez quien intentó llenar el vacío dejado por el gobierno ausente.

Paradójicamente, a partir de la fecha, la epidemia no paró de crecer y acumular víctimas que morían a un ritmo de 150 diariamente. El terror y el pánico eran tales que la huída de la ciudad se volvió total, sólo los valientes o los que no tenían mas remedio permanecieron. Tal fue el éxodo que el presidente Sarmiento y su vice Alsina abandonaron la ciudad por recomendación sanitaria. *La Prensa* no pasaría por alto el hecho el 21 de marzo: “Hay ciertos rasgos de cobardía que dan la medida de lo que es un magistrado y de lo que podrá dar de si en adelante, en el alto ejercicio que le confiaron los pueblos”.

Mas allá de la Comisión Popular, otra organización civil que intentó realizar acciones contra la epidemia fue la Sociedad de Beneficencia, que nucleaba a mujeres de alta sociedad de la ciudad y que tenía como presidenta a María Beláustegui. Los periódicos de la época, como La Prensa y La Libertad explicaban que estas mujeres recorrían los barrios todos los días para socorrer a enfermos, familiares y huérfanos.

Sin ningún apoyo de organismos estatales disponían de recursos humanos y económicos para ocupar lugares en la responsabilidad pública y de alguna manera se transformaba el lugar marginal de la mujer en asuntos públicos, en un momento histórico donde las mujeres no tenían permitido si quiera la participación política. Entonces, el acercamiento y la solidaridad con las víctimas era la oportunidad de romper con viejas estructuras y plasmar nuevos imaginarios de participación para las mujeres. Escribía La Prensa el 7 de junio de 1871 que “preocupada del deber hasta la exageración, inspirada por la influencia de las sublimes doctrinas del evangelio abandonando los goces del hogar de la familia”, estas mujeres se embarcaban en la empresa de ayudar a las personas.

A mediados de marzo el Presidente Domingo Faustino Sarmiento como todo su gabinete, legisladores, jueces, y otros funcionarios son evacuados del centro hacia zonas mas seguras

¿LE PARECE PARA EL RECUADRO?.

Paul Groussac, el reconocido historiador -testigo del desastre- recordó años después en su libro “Los que pasaban”:

Por centenares sucumbían los enfermos, sin médico en su dolencia, sin sacerdote en su agonía, sin plegaria en su féretro.

Tal era el pánico reinante, que un escribano cobró fama y dinero comprometiéndose públicamente a realizar esta hazaña jocomacabra: redactar testamentos, aún de <febrífugos>!

En la ciudad desierta, casi sin policía la bestia humana, suelta, rondaba las calles, husmeando la presa. A veces el crimen no esperaba a la noche, su habitual cómplice: los diarios dieron cuenta de asaltos perpetrados en pleno día, en la calle Florida. Andaban bandidos disfrazados de enfermeros: y se denunció con horror el caso de un médico -extranjero- que robó 9.000 pesos de bajo de la almohada de su cliente agonizante

La semejanza de calamidades suscita expresiones idénticas, y me vuelven a la mente las palabras de Bocaccio al escribir, como portada de su voluptuoso Decamerón, la peste de Florencia: cada cual, como si no hubiese de vivir más, dejaba sus cosas en abandono, le sue cose messe in abbandono...

Eran en verdad los días de abominación y desolación predichos por el profeta, << en los cuales, si no se abreviaran, ninguna carne fuera salvada: non fieret alva omnis caro >>...

El número de muertos se fue incrementando hasta el 10 de abril, donde se produjo el récord de 563 muertos en el día. Los hospitales colapsaron y hubo que fundar un nuevo cementerio. Este tuvo lugar en la Chacarita de Colegiales, en el escenario de la *Juvenila* de Cané. Las víctimas eran transportadas en el “tren de la muerte” que tenía como locomotora a la legendaria Porteña. Salía de la actual esquina de Jean Jaurés y Corrientes y llegaba con tres vagones cargados de muerte hasta la necrópolis.

Así comenzó la Semana Santa de 1871, que sería de triste recuerdo para los porteños. Ese viernes santo murieron 380 personas por fiebre amarilla., pero

El Domingo de pascua de resurrección hubo 501 fallecidos por la epidemia. Jamás se había alcanzado ese récord brutal en el país. La aparición de casos fulminantes que mataban en 24 o 48 horas agravó la situación. Ante tal magnitud, la Comisión Popular, ese mismo día toma la resolución extrema de evacuar de manera total la ciudad. En un manifiesto al pueblo expresa: “En tal situación, la Comisión Popular aconseja a todos los que puedan abandonar la ciudad que se alejen de ella lo mas pronto posible, para salvarse a sí y salvar a los suyos”.

Abandonar la ciudad era la orden del capitán del barco que ve la imposibilidad de salvar al navío que se hunde. En este caso, un capitán, que como bien dice el dicho, se hunde con su barco. El manifiesto termina con estas palabras referidas a los miembros de la Comisión: “Los hombres que la componen no temen al contagio ni a la muerte”.

Crecía el número de muertos, y casi la mitad de los 180.000 porteños abandonó la ciudad.

.Los Cementerios estaban ya colmados y ya no podían dar cabida a una epidemia tan mortífera. A raíz de ello la provincia compró 7 hectáreas en el partido de Belgrano, en el lugar conocido como Chacarita de los Colegiales, con el fin de convertirlas en enterratorio. Como su ubicación era muy alejada del centro de la ciudad, se tendieron a gran velocidad los rieles para el Ferrocarril Oeste, con punto de partida en la intersección de las actuales Avenida Corrientes y Pueyrredón y trayecto similar al que hoy realiza el Subte B. El ramal se habilitó el 14 de abril con dos vagones especialmente adaptados para transportar féretros y se dispuso de un depósito en el punto de partida

donde se acumulaban las cargas fúnebres. Fue el único ferrocarril de la historia donde los usuarios eran difuntos. Realizaba dos viajes diarios con los que apenas daba abasto.

LOS MUERTOS : A LA CHACARITA

Pero mientras este ramal no estuvo terminado, se vivieron horas de angustia en el cementerio sureño por la dificultad que acarreaba ubicar los cientos de cadáveres que a diario requerían ser sepultados. Se aprovechó el espacio hasta cualquier extremo imaginable, aguzando el ingenio hasta el preciocismo.

Ya no había tumbas individuales, sino grandes fosas comunes, donde eran apilados -en realidad estibados- los muertos que llegaban incesantemente, hora tras hora, en el tétrico desfile de los carros de basura improvisados en coches fúnebres. En esas circunstancias resulta comprensible que los entierros fueran “por abreviatura”.

.Buenos Aires había muerto. Escuelas, teatros, confiterías, comercios, iglesias, bancos, oficinas, casas particulares, eran un exponente de la desolación, silenciosas y con las puertas cerradas. Las casas en construcción, que eran muchas, se levantaban inconclusas, acentuando la sensación de ruina. El colapso era total. Muchos comerciantes hasta ayer prósperos se vieron de cara a la insolvencia; las ventas cayeron a cero, nadie cumplía sus compromisos de pago. Desde mediados de marzo se venía desatando una cadena de quiebras que en abril se convirtió en avalancha, amenazando desarticular el andamiaje financiero de la ciudad.

Suicidios, neurosis, alcoholismo y delincuencia aumentaron de manera exponencial.

Los diarios desaparecieron uno a uno por falta de personal y de lectores, pese a que el periodismo hizo punto de honor el seguir en la calle con sus hojas.

El doctor Rawson describía esta labor de la siguiente manera: *“He visto también, señores, en altas horas de la noche, en medio de aquella pavorosa soledad, a un hombre vestido de negro, caminando por aquellas desiertas calles. Era el sacerdote, que iba a llevar la última palabra de consuelo al moribundo.*

Rawson hace el cálculo y dice que ante un total de 60 sacerdotes muertos por fiebre amarilla, sólo doce médicos lo hicieron por la misma causa. La Comisión Popular, apenas contó con cuatro bajas y la Comisión de la Higiene sumó 22 bajas.

El repunte de la fiebre amarilla se extinguió en los últimos días de abril. El 30 fueron 85 los fallecidos y a mediados de mayo se igualó el promedio de tiempos normales (unos 20 por día).

La normalización de la situación llevó a la disolución de la Comisión Popular y redistribuir servicios e ingresos. Su acción fue noble y eficaz, pero la posteridad ha sido extremadamente generosa con ella, atribuyéndole méritos que no son de su exclusividad.

Junto con el mes de mayo se iba la Gran Epidemia. El 2 de junio fue el primer día desde el ya lejano 26 de enero, en que no se registró ningún fallecimiento por fiebre amarilla.

Con el epílogo, además del luto general, la disgregación de familias y la desorganización, hizo su aparición un violento estallido de pleitos y litigios de todo orden. Los tribunales se volvieron montañas de expedientes provenientes de una sabrosa cantidad de litigantes. La furia venía acompañada de una infinidad de testamentos sospechosos, que

suscitaron verdaderas guerras privadas entre la multitud de herederos que dejó tras de sí la Gran Epidemia.

Una de las secuelas de esta epidemia fue el cambio experimentado en las pautas residenciales de las familias pudientes. Fueron numerosas las que abandonaron sus añejas casonas al sur de la Plaza de Mayo para trasladarse al norte, a la calle Florida y sus inmediaciones primero, y a las cercanías de la Plaza San Martín después. El otro cambio fue en dirección a las afueras de Buenos Aires. Las tierras altas de Flores y Belgrano que habían resultado relativamente indemnes se convirtieron en los lugares ideales para las quintas de veraneo.

Solo después de la tragedia comenzaron a ser debatidos los proyectos para emprender las tareas tendientes a que los habitantes de Buenos Aires tuvieran agua potable y cloacas. Pero en cuanto comenzaron a quedar atrás los ecos de la Fiebre amarilla, los proyectos se fueron cajoneados y sólo se encararon los que correspondían al Barrio Norte y Recoleta, donde moraban ahora los poderosos de Buenos Aires que habían abandonado tras la epidemia sus casonas de San Telmo y Monserrat para convertirlas en rentables e insalubres conventillos. La peste había pasado, las condiciones que la habían hecho posible seguían prácticamente inalteradas.

Hubo que esperar hasta 1930 para que las cloacas y el agua potable llegara a la mayoría de los barrios de Buenos Aires.

Lejos quedó aquella Gran Epidemia, hoy el recuerdo material se encuentra apostado en el Parque Ameghino sobre la Avenida Caseros, frente al Hospital Muñiz. En su centro se alza un monumento, ubicado exactamente en el mismo lugar donde estuvo el edificio de la administración

del Cementerio del Sur. La construcción contiene la leyenda al público:

El sacrificio del hombre por la humanidad es un deber y una virtud que los pueblos cultos estiman y agradecen. El municipio de Buenos Aires a los que cayeron víctimas del deber en la epidemia de fiebre amarilla de 1871.

¿ OTRO POSIBLE RECUADRO?

El 8 de diciembre de 1871 los porteños asistieron a un acontecimiento que los conmovió profundamente. Ese día en el foyer, del Teatro Colón, el famoso pintor uruguayo Juan Manuel Blanes, de 41 años de edad, presentó al público su tela “Episodio de la fiebre amarilla”.

El cuadro sacudió a la ciudad que aún tenía las heridas abiertas. Blanes había sabido expresar la miseria, el horror y el heroísmo de aquellos días:



El centro del cuadro lo ocupa el doctor Roque Pérez, el rostro bajo, las manos unidas en un gesto de conmiseración y tristeza. A su lado, el doctor Manuel Argerich se descubre reverente, mientras un muchacho pobremente vestido vuelve la cara, evitando mirar al interior, y un empleado de la Comisión espía entre Argerich y Pérez hacia la habitación.

No podía ser mas oportuno el cuadro de Blanes para golpear en lo mas hondo a los porteños. No solo en la realista crueldad con que pintó esa pieza pobre y sucia con

sus víctimas, sino al enlazar con ella la imagen de dos de los mártires mas queridos, dos inolvidables caídos en la misión de caridad cristiana.

Del presidente Sarmiento abajo, todos felicitaron calurosamente a Blanes. La prensa lo puso por las nubes, los poetas le dedicaron versos y los escritores redactaron crónicas laudatorias.

Al unísono se propuso que el gobierno comprara la preciosa tela que tan bien había captado el dolor de Buenos Aires. Nadie imaginaba que Blanes ya se lo había vendido al coronel uruguayo Pagola por 10.000 pesos y que la disputa desembocaría casi en un conflicto diplomático. Se le ofertó al coronel Pegola que rechazó amablemente la propuesta, los uruguayos estaban decididos a quedarse con la tela. El Gobierno le pide a Blanes que pinte una copia y en Montevideo se genera ira, tan tensa es la situación que Blanes totalmente asustado y desorientado huye a Montevideo con su cuadro que allí queda, en el Museo de Montevideo.

Setenta años pasaron, y en 1941 el cuadro vuelve a cruzar el río para ser expuesto en Buenos Aires. Pero ya no tiene impacto, ya no quedaban sobrevivientes de la Gran Epidemia y los descendientes no contemplaban la tela con la misma carga afectiva. El cuadro volvió a Montevideo sin problemas ni pedidos de compra

Noticias periodísticas recientes sostienen que una réplica de esta obra estaba en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires y había sido robada en 1980 junto con otras pinturas de Matisse, Cezanne y Renoir. El robo se adjudica a miembros de la Triple A que la habrían revendido a un mercado de arte en China.

-
